

Dijo el Conde, la real mano
Besó, cubrió su cabeza,
Y retiróse bajando
A do estaba su litera.
Y á casa de un su pariente
Mandó que lo condujeran,

Abandonando la suya
Con cuanto dentro se encierra.
Quedó absorto Cárlos quinto
De ver tan noble firmeza,
Estimando la de España
Más que la imperial diadema.

ROMANCE CUARTO



Muy pocos dias el Duque
Hizo mansion en Toledo,
Del noble Conde ocupando
Los honrados aposentos.
Y la noche en que el palacio
Dejó vacío, partiendo
Con su séquito y sus pajes
Orgullosos y satisfechos,
Turbó la apacible luna
Un vapor blanco y espeso,
Que de las altas techumbres
Se iba elevando y creciendo:

A poco rato tornóse
En humo confuso y denso,
Que en nubarrones oscuros
Ofuscaba el claro cielo;
Después en ardientes chispas,
Y en un resplandor horrendo
Que iluminaba los valles,
Dando en el Tajo reflejos,
Y al fin su furor mostrando
En embravecido incendio,
Que devoraba altas torres
Y derrumbaba altos techos.

Resonaron las campanas,
Conmovióse todo el pueblo,
De Benavente el palacio
Presa de las llamas viendo.

El Emperador confuso
Corre á procurar remedio,
En atajar tanto daño
Mostrando tenaz empeño.

En vano todo; tragóse
Tantas riquezas el fuego,
A la lealtad castellana
Levantando un monumento.

Aún hoy unos viejos muros
Del humo y las llamas negros,
Recuerdan acción tan grande
En la famosa Toledo.



EL SOLEMNE DESENGAÑO

AL EXCMO. SR. DUQUE DE OSUNA, ETC., ETC., ETC.

ROMANCE PRIMERO

EL GALAN.—LA ENFERMEDAD



Y las siniestras miradas
Y el mudo desasosiego,
Ya en los saraos de la corte,
Ya en los festines risueños,
Ya en la caza bulliciosa,
Ya en solitarios paseos,
Ya en el salon, ya en la plaza,
Ya en la justa, ya en el templo,
En la mesa, en el despacho,
En la vigilia, en el sueño,
Un alma rota descubren
Por un fijo pensamiento,
Y un corazón que devora
El cáncer de un gran secreto.

En vano sondar procuran
Los malignos palaciegos,
Con astucia cortesana
Aquel abismo encubierto.
Tan solamente columbran
Que los ocultos tormentos
Del Marqués, se dulcifican
Para ser mayores luego,
O cuando en palacio asiste
Al servicio honroso, atento,
De la Emperatriz augusta,
De las hermosas modelo;
O cuando busca devoto
Con el fervor más ingenuo,
Arrodillado en la iglesia,
En Dios amparo y consuelo;
O cuando por los jardines
Que al pie de la gran Toledo
Riega el Tajo, se pasea
Solo, y del bullicio lejos,
Con Garcilaso su amigo;
Ora escuchando sus versos,
Ora en largas conferencias
De gran sigilo y misterio.

De fortuna en la alta cumbre,
Grande, joven, rico, bueno,
De virtud, saber, belleza,
Dechado, pasmo y modelo;
El más galan en la corte,
En las justas el más diestro,
El más afable en su casa,
El más docto en el consejo;
Brilla el Marqués de Lombay
Cual rutilante lucero,
Al lado de Cárlos quinto
Domador del Universo.

Mas entre tantos aplausos
Y en tan elevado asiento,
Donde el orbe le sonríe
Y donde le halaga el cielo,
Algo falta á su ventura,
O alguna mano de hierro
Del corazón se la arranca,
Y se la saca del pecho.

Melancólico el semblante,
Y los labios entreabiertos,

Allá en palacio embebedo
Quedaba en mudo embeleso,
Pálido ó rojo el semblante,
Convulso, agitado el pecho,
Y bebiendo con los ojos,
Llenos de vida y de fuego,
De la Emperatriz hermosa
Los más leves movimientos.

En acatarla, en servirla,
Y en acertar sus deseos,
Aunque tímido y turbado,
Diestro y hábil por extremo.

Abatido y consternado
Se le miraba en el templo,
Como quien está en batalla
Con gigantes del infierno,
Y pide al Omnipotente
Para tal combate esfuerzo;
Y despues de orar un rato,
Y áun de verter llanto acerbo,
Dijérase que encontraba,
De misericordia lleno,
Al Señor á quien auxilio
Demandaba en tanto aprieto.

Y con su amigo en las selvas
Era tan locuaz y tierno,
Tan expresivo unas veces,
Otras tan callado y sério,
Como el que ó cuenta delirios
Y habla de locos proyectos,
O escucha reconvenciones
Y oye inflexibles consejos.

En estado miserable
Su espíritu estaba puesto,
Y era infeliz, en las dichas,
Luchando consigo mismo,
Entre pasiones, virtudes,
Obligaciones, deseos,
Infernales sugestiones
Y celestiales preceptos:

Siendo campo de batalla
Su mente y su roto pecho,
Do luchaban frente á frente
Angeles malos y buenos.

La más lozana azucena,
Gala del jardin, el cuello
Dobla marchita, si esconde
Roedor gusano en su seno.
Y la más gallarda encina
Que alza su pompa á los cielos,
Si el corazon se le seca
Rómpe se al soplo del viento;

Así con un alma enferma
No puede haber sano cuerpo,

Ni salud que no se postre
Con un corazon deshecho.
Al cabo maligna fiebre
Convierte la sangre en fuego,
Por las robustas arterias,
Por el juvenil cerebro
Del de Lombay, que postrado
Yace doliente en su lecho
De oro y seda, que es ya, ¡oh mundo!
Duro potro de tormentos.

Como jefe de palacio
Tiene su vivienda dentro,
Con ostentacion servido
De pajes y de escuderos.
Mas la pena más amarga
Y el más hondo desconsuelo,
Y la ansiedad más horrenda
Y el cuidado más acerbo
Reinan en las ricas salas,
Entre amigos y entre deudos,
Cunden en palacio todo,
Y consternan á Toledo.

Pues reyes, príncipes, grandes,
Hidalgos y caballeros,
Y hasta el vulgo humilde, miran
Con asombro y desconsuelo
En el peligro de muerte
A tan gallardo mancebo,
A tan alto personaje,
De virtud á tal portento.
Y no hay semblante sin llanto,
Ni sin angustias hay pecho,
Ni labio que no pregunte
Con inquietud y con miedo.

Garcilaso de la Vega
(Sin que ni el hambre ni el sueño
En su ansiosa vigilancia
Tengan el menor imperio),

Ni un hora, ni un solo instante
Deja el lado del enfermo,
Y de él los ojos no aparta,
Sentado junto á su lecho.

Ojos de llanto arrasados,
Pero de continuo atentos
A que nadie, nadie escuche
Sus fantásticos conceptos,

Las voces rotas, que acaso
Del delirio en el acceso
Suelen dar funesta lumbre
Revelando hondos misterios.

Y cuando allá á media noche
Rendidos ya por el sueño
Yacian los servidores
Reinando feral silencio,
Y en letargo sumergido
Tambien miraba al enfermo,
En el estado terrible
En que es casi muerte el sueño;

A la luz trémula, opaca,
De lejano candelero,
Que abultaba oscuras sombras
En las cortinas del lecho,

Dando vislumbres escasas
Y fantásticos reflejos,
En rapacejos de oro,
Molduras y terciopelos;
Garcilaso, vigilante,
Un tenue rumor oyendo,
Se alzaba con mudos pasos,
Y á un lado del aposento
Levantaba, no sin susto,
Un rico tapiz flamenco,
Y en la pared descubria
Angosto postigo abierto.

Vago bulto silencioso
Por él asomaba luégo,
Con manto y capuz sin formas,
Aparicion, sombra, ensueño,
Sobrenatural producto
De algun conjuro. Con lentos
Pasos, sin rumor, al lado
Llegaba del rico lecho,
Y en el doliente clavaba
Ojos cual brasas de fuego:
Y una mano, que en la sombra
Daba vislumbres de hielo,
Por la calurosa frente
Del aletargado enfermo

Pasaba, gemidos hondos
Ahogando con duro esfuerzo.

Y al instante, y por el mismo
Postigo oculto y estrecho
Desaparecia, dejando
Como embalsamado el viento.

Ser dijérase un encanto,
Y que habia cobrado cuerpo
Alguno de los delirios
De la mente del enfermo.

La senda el tapiz borraba
El muro otra vez cubriendo,
Y tornaba Garcilaso
A ocupar mudo su puesto.

El doctor Juan Villalobos,
De aquella corte Galeno,
Al personaje consagra
Toda su ciencia y su esmero.
Y en el pronóstico duda,
Y cauto no quiere hacerlo,
Hasta que síntomas note
Más favorables que adversos.

De la juventud al cabo
Triunfó la fuerza, y el cielo
Miró con benignos ojos
La angustia de todo un pueblo.

Y apuró el doctor su ciencia,
Y tornó á lucir risueño
El rayo de la esperanza
En los aterrados pechos.

Docto ó sagaz Villalobos
Prescribe como remedio,
Que busque fuera de España
Nuevos aires, climas nuevos.

ROMANCE SEGUNDO

LA AUSENCIA

El gran Marqués de Lombay,
Del inminente peligro
Salvo, en que se vió de muerte
Por enfermedad ó hechizo,
Salió de España, siguiendo
Los saludables avisos
Del docto Juan Villalobos,
O médico ú adivino.

Y aunque el dejar á Toledo,
Para su pecho lo mismo
Fué que dejarse allí el alma,
Resignóse al sacrificio.

Mas aquella oculta flecha,
Aquel veneno escondido,
Aquel encubierto cáncer,
Aquel pertinaz martirio
Que desgarraba su pecho,
Que turbaba sus sentidos,
Que devoraba su vida,
Que era su infierno continuo,
A los campos de la Italia
Llevó, ¡miseró! consigo;
Pues penas como las suyas,
Que astros y contrarios signos

Combinan, fraguan y aplican
Para un fin desconocido,
En un alma de gran temple,
En un pecho de alto brio,
No mudan cuando se muda
De atmósfera y domicilio;
Porque no cambian del cielo
Los misteriosos designios.

Halló el Marqués en Italia
(Porque al cabo el cielo quiso
Que algun consuelo encontrase,
Que tuviese algun alivio),
A su tierno confidente,
A Garcilaso su amigo,
Que guerrero tan insigne
Como trovador divino,
Siguió de Italia la empresa
Por el César Carlos quinto,
Con el canto de las Musas
Uniendo de Marte el grito.

El Marqués, cual siempre mustio,
Y cual siempre discursivo,
De aquella guerra los lances
Siguió con denuedo y brio.

Y ante la imperial presencia,
Con Garcilaso su amigo,
Lidió como caballero
En los combates y sitios.

Le encantaron las campiñas
Y los Alpes y Apeninos,
Y visitó cual curioso,
Y admiró como entendido

Los insignes monumentos,
Ya modernos y ya antiguos,
Que hacen el suelo de Italia
En altos recuerdos rico.

Como devoto cristiano
Oró postrado y sumiso,
En las ermitas humildes
Que daban nombre á los riscos;

Y en los magníficos templos
Que ensalzan al cristianismo,
Y son de aquellas ciudades
Ornato, fama y prodigio.

¡Cuántas veces los jardines
Que riega el Tesin y el Mincio,
Los mismos nombres oyeron
Que el Tajo oyó sorprendido!
¡Cuántas veces las canciones
De Garcilaso, que hoy mismo

Nos admiran y enternecen,
Vencedoras de tres siglos,
Tiernas lágrimas sacaron
De los ojos encendidos
Y del corazon doliente
Del Marqués contemplativo
En las selvas do arrancaron
No ménos hondos suspiros,
De otros destrozados pechos
Los acentos de Virgilio!

¡Cuántas veces, ay, seguían
Del Marqués los ojos fijos,
De la plateada luna
El lento y mudo camino;
Y al verla hácia el occidente
Rodar con pausado giro,
Algun encargo le daba
Para el Tajo cristalino;

Con sus miradas queriendo
Como estampar en el disco
Caractéres, que otros ojos
Por un prodigioso instinto
Leyeran, cuando argentada
Derramara el claro brillo
Sobre el régio balconaje
De algun alcázar dormido!

De la expedicion de Francia
Tornaba, pues, el servicio
Del Emperador siguiendo,
Con Garcilaso el divino,
Cuando no léjos de Niza,
Antigua torre ó castillo,
A los pendones del César
Osó estorbar el camino.

Tal empresa de dementes,
Por temeraria, el prestigio
Perdió de valiente, siendo
Sólo acreedora al castigo,
Y á dárselo Garcilaso,
Desnudo el acero limpio,
Y embrazada la rodela,
Voló en enojo encendido.

Desesperados resisten
Los tenaces enemigos,
Y darles súbito asalto
Determinase al proviso.
Se aplica la escala al muro,
Y sube por ella altivo

El valeroso poeta
Que el miedo jamás ha visto;
Cuando de los matacanes
Desplómase con ruido
Grave piedra, que arrollando
La escala, frágil camino

Por do á la gloria subian
Tanto ingenio y tanto brio,
Hirió la noble cabeza
Do el lauro á la yedra unido
Hubiera evitado el rayo,
Y no pudo, ¡infausto sino!
De un toscoso peñasco entónces
Evitar el rudo tiro.

Cayó el noble Garcilaso
En el foso; horrendo grito
De desconsuelo y venganza
Atronó el fatal recinto;
Y el de Lombay presuroso
Al socorro de su amigo
Voló, y en sus tiernos brazos
Retirólo con peligro.

Una hora despues escombros
Era el funesto castillo,
Y de la alevosa sangre
Era su ancho foso un rio,
Pues completa la venganza
De Garcilaso hacer quiso,
En dolor y saña ardiendo,
El Emperador invicto.

Mas, ¡ay! fué venganza estéril
Cual siempre todas han sido,
Pues en Niza á pocos dias
Era el poeta divino

Cadáver yerto, dejando
La fama de sus escritos
Y la gloria de su muerte
Por rica herencia á los siglos.
Golpe atroz, golpe tremendo
Fué para el Marqués su amigo,
Pérdida tan impensada,
Tormento tan imprevisto,
Y del dolor más profundo
Mil pensamientos distintos
Y mil funestos presagios
Le hundieron en tal abismo
Que si el brazo del Eterno,
Que aún para mayor conflicto
Le reservaba, no hubiera
Dádole piadoso auxilio;
Acaso una misma losa,
Acaso un túmulo mismo
Encubrieran y tragan
Los restos de ambos amigos.

A poco con luto amargo
En el alma y el vestido
Tornó, ¡infelice! á Toledo
Con el César Carlos quinto,
El marqués; sin confidente
En quien encontrar alivio,
Ahogando en tormento mudo
De su alma rota los gritos.

ROMANCE TERCERO

UN SOL APAGADO



Era la estacion florida
De la hermosa primavera,
Tan hermosa en las regiones
Que el Tajo aurífero riega;

Y un sol jóven, rutilante,
Rodando por la alta esfera
De puro záfir, torrentes
De luz vivífica y nueva
Derramaba por Castilla,
Y sobre las gigantescas
Torres de la gran Toledo,
De España corte y diadema.
De Toledo, que con justas,
Banquetes, danzas y fiestas,
De su Monarca triunfante
Solemnizaba la vuelta.
Córrense cañas y toros,
Donde luce su destreza,
Gran jinete en ambas sillas,
El sacro y augusto César.
En los soberbios palacios
Músicas acordes suenan,
A cuyo compás gallardas
Lucen las damas sus prendas.
Joyas, insignias, brocados
Los ricos salones llenan;